

## COMENTARIO A LA PONENCIA DEL SEÑOR RAFAEL VALDIVIESO

por CARLOS PAUL LAMAS\*

Tal como se ha señalado, el tema es muy amplio y sólo cabe formular a su respecto observaciones puntuales. Las hago a título personal, desde el punto de vista de un editor preocupado por la situación periodística chilena. En ese sentido, más que referirme al contenido específico del planteamiento de Rafael Valdivieso, quisiera destacar algunas repercusiones del fenómeno de la desinformación en la etapa de la actividad profesional que ahora vivimos. Y lo hago sin haber tenido la oportunidad de conocer los demás aportes a este encuentro, con el riesgo consiguiente de reiterar conceptos y la imposibilidad de precisar mis juicios.

Lo primero que quisiera anotar se refiere sí a la ponencia presentada y es su enfoque muy determinado hacia lo que cabe entender como la expresión máxima de la desinformación, esto es, su uso institucionalizado por una de las grandes potencias al servicio de la revolución marxista-leninista. Las numerosas referencias que se han hecho a casos concretos de ocultamiento, distorsión o invención de noticias confirman la amplitud del fenómeno, pero es quizás la existencia de un departamento encargado específicamente de esa tarea dentro de la burocracia soviética lo que comprueba en forma más obvia que se trata de una política deliberada y de iniciativas planificadas y estables en el tiempo. De esa realidad puede ser víctima la opinión pública chilena como cualquier otro grupo humano, precisamente, porque se trata de un procedimiento propio de una confrontación a escala mundial, y sería un error sentirse libre de sus amenazas.

La coherencia entre el uso de tales métodos y aquella particular ideología explica la facilidad, la frecuencia y la extensión con que se ha recurrido a ellos en un lado de la trinchera internacional. Pero el problema es sin duda mayor, y creo necesario dejar constancia de ello.

Porque, si bien estamos frente a uno de los más graves vicios de la vida contemporánea, su raíz viene de lejos y ha tenido otras manifestaciones, aunque sin duda de mucho menor cuantía, a través de la historia. Y ahora mismo, no debemos limitar el alcance de la desinformación solamente a su expresión más extrema y peligrosa.

No pretendo, por cierto, minimizar los efectos que esa estrategia totalitaria puede tener sobre nuestra realidad informativa. Precisamente el carácter marginal de ésta en relación a los grandes conflictos y su escasez de medios de presión nos deja virtualmente indefensos ante una campaña bien montada y difícil de contrarrestar. Tampoco puede menospreciarse la diferencia entre un sistema que utiliza sistemáticamente la desinformación y otro en que se incurre en ella de manera sólo ocasional.

Pero sería peligroso que esas "desinformaciones incidentales" no fueran condenadas. Además del principio general de que el fin no justifica los

\* CARLOS PAUL LAMAS: Abogado. Presidente de la Asociación Nacional de la Prensa.

medios, cualquier tolerancia frente al uso de procedimientos incorrectos en esta materia deteriora la credibilidad de los medios de comunicación e introduce un factor de confusión de consecuencias impredecibles. Lo señalo porque, por desgracia, en nuestra comunidad nacional se dan síntomas alarmantes de tales prácticas. Baste recordar las denuncias de estos días sobre la utilización parcial de un video por la televisión estatal. Si se acepta un caso se abre la vía a una tendencia progresivamente destructora. Peor aún, se contribuye así a crear una mentalidad equivocada, sea que provenga de un individuo, de una organización o —peor todavía— de un origen oficial.

El problema afecta de modo directo a los canales noticiosos, porque es sólo a través de ellos y gracias a su capacidad de multiplicar el impacto de los hechos —o de la versión que de ellos se dé— que la desinformación puede cumplir sus objetivos. Es por esta razón que son todos los aspectos del proceso informativo los que se ven influidos por ese ataque, tanto en el acceso a las fuentes como en la difusión de un contenido falseado en parte o en su totalidad, o en la formación y responsabilidad ética de los periodistas.

Sin embargo, merece hacerse notar el hecho de que este aprovechamiento de los medios de comunicación y de los elementos que en ellos participan proviene desde el exterior del sistema informativo. Son fuerzas políticas o ideológicas extrañas a él las que diseñan la estrategia destinada a mediatizarlo y las que se benefician con ese aprovechamiento indebido para finalidades que son ajenas y, más aún, opuestas a las específicas de la prensa. Si se la puede culpar, pues, por lo que haya de voluntario en semejante subordinación, a la vez es justo considerarla en su conjunto como víctima de una agresión externa.

Como aquí se ha señalado, “mientras no haya intención, no hay desinformación”. No tiene nada que ver esa actitud deliberada, herramienta al servicio de un propósito generalmente revolucionario, pero en todo caso bélico, con los errores y fallas de un ejercicio profesional deficiente o, incluso, venal. La desinformación no se produce “por” algo sino “para” algo.

Hay un punto en que se encuentran, por desgracia, los defectos que pueden atribuirse al periodismo actual con los del ambiente de enfrentamiento, y en algunos casos de verdadera guerra no declarada, del contexto social interno y externo. Me refiero a un estado de ánimo que, en Chile a lo menos, facilita una cierta complicidad entre el incumplimiento de la tarea informativa y su aprovechamiento político de cualquier signo.

Las condiciones sociales de estos años —y no me refiero sólo a los más recientes, sino a los que abarcan por lo menos los dos últimos decenios— han dificultado la necesaria objetividad profesional. El apasionamiento partidista crea un ambiente propicio para la pérdida de los valores de ecuanimidad e independencia. Y si eso es perjudicial en la convivencia cívica, resulta mortal en el mundo de la información. Por lo mismo, y pese a los extremos en que ocasionalmente se ha incurrido con grave daño para todos, debe rendirse homenaje a la conducta moderada y responsable de la mayor parte de la prensa chilena. Ella ha sabido sacar lecciones de sus propios errores y permanece como el único escenario vigente para un debate nacional productivo y el lugar de encuentro de los hombres de buena voluntad para una efectiva reconciliación. Pero si los distintos actores sociales no abandonan esa actitud cada vez más polarizada, la tarea de la prensa se hará

progresivamente difícil y se convertirá en terreno fértil para esa “ofensiva sin armas” que describía Rafael Valdivieso.

Finalmente quisiera señalar que no hay mejor antídoto contra la desinformación que la información.

Porque no faltan aquellos que pretenden “cortar por lo sano” y mejorar al enfermo suprimiéndolo. Si los medios de comunicación son infiltrados por falsas campañas o por deformaciones intencionadas, poco se saca con restringir su actividad, pues eso sólo dará alas al rumor o a la aparición de canales alternativos. En cambio, más y mejor información conduce tarde o temprano a aminorar y, en definitiva, eliminar las nefastas consecuencias de aquellas distorsiones. Es a través de un amplio caudal noticioso y de la posibilidad de conocer la opinión de todos los sectores que se restablecerá de manera estable y fluida la adecuada proporción de los hechos y su inserción en el contexto general, y se los valorizará con justicia, descartándose los deliberados intentos de subordinar la verdad a otros intereses que constituyen en sustancia el fenómeno de la desinformación.